

ALGUNOS PROBLEMAS EN TORNO A LA FORMACIÓN DEL ESTADO MEXICANO EN EL SIGLO XIX

Luis Alberto de la Garza

No podemos imaginarnos a aquellos para quienes (la idea de nación) es una dificultad: sabemos lo que es cuando no nos lo preguntas, pero es imposible explicarlo o definirlo con mucha rapidez.

(Walter Bagehot)¹

¿Desde cuándo ha de contarse la Patria Mexicana? ¿Cuándo surgió aquí? ¿En esta región del territorio de América? ¿En 1821, o antes? ¿En 1857, o antes? ¿En 1910, o antes? ¿Quiénes la formaron? ¿Los indios? ¿Solamente ellos? ¿Los españoles agregaron algo a la Patria anterior, o crearon una nueva Patria? ¿Las guerras con el extranjero contribuyeron a crear la Patria Mexicana que no existía? ¿La dividieron, si era fuerte? ¿La destruyeron, si era débil? ¿La invasión yanqui del cuarenta y siete, qué repercusión tuvo en la Patria Mexicana? ¿La invasión de los soldados de Napoleón III en qué forma contribuyó a que la Patria cuajara, a que la Patria rodara, o por lo menos vertiera sangre por sus heridas? ¿Cuándo nació la Patria? ¿Quiénes la hicieron?

(Vicente Lombardo Toledano)²

1. Estado y nación

Estamos acostumbrados a valernos de generalizaciones que caracterizan la acción o el pensamiento de amplios grupos sociales, de naciones enteras, como si

todas estas acciones o pensamientos fueran algo acabado y consciente desde sus inicios.

En este sentido, existe una concepción histórica nacional, fundamentada en la enseñanza escolar, que nos ha hecho ver a México como una nación en proceso de evolución constante, desde por lo menos la aparición de los núcleos indígenas que dejaron testimonio de sus civilizaciones.

De tal forma, y de acuerdo a estas peculiares maneras de interpretar la realidad, la nación mexicana existe desde siempre y hasta siempre, pues existe una lógica necesaria que transforma a las naciones en naciones-Estado. Sin embargo no hay nada lógico en esta implicación. "Si es innegable y tan vieja como la historia la existencia de grupos diferentes de hombres. . . no lo es en cambio que impliquen. . . tener categoría de nación".³

Es frecuente el hecho de que se usen indistintamente los conceptos de patria, pueblo, nación, país y estado. La desorientación semántica sobre estas nociones referidas a grupos humanos, hace entonces que conceptos como el de nacionalidad se establezcan como un elemento constitutivo de toda sociedad y en cualquier momento de su historia como un hecho ya dado.

Esta situación presenta dos problemas importantes; en primer término, deja a un lado el hecho esencial de que "la nación corresponde a un acto de voluntad que crea el hecho nacional que cesa cuando esa voluntad se extingue".⁴ En segundo, que el criterio histórico de la categoría de nación implica la importancia decisiva de las instituciones y cultura de las clases dominantes en la búsqueda del apoyo popular para la lucha entre las naciones.

El dar por sentadas una tradición, una solidaridad, una conciencia y un sentimiento nacional, es decir, una nación que existía desde antes de formarse, supone una serie de metamorfosis de la nacionalidad en un proceso sumatorio de hechos y acontecimientos que apuntan, desde el principio de los tiempos, en una dirección más o menos determinada.

De esta manera, el sentimiento nacional abarca a todas las sociedades históricas pasadas en toda la extensión del Estado presente; con base en ello, se exaltan los sentimientos de destino, solidaridad, temor, de instinto de defensa y también de gloria como si éstos fueran compartidos por igual por toda una colectividad.⁵

1. En Hobsbawm, E. *La era del capitalista*, Barcelona, Punto Omega Guadarrama, 1977, 2 vol. 1, p. 125.

2. "Bandera Mexicana", discursos en nombre de la Confederación General de Obreros y Campesinos de México, 6 de febrero de 1936. en *Crítica Política*, No. 57-58, 15 de nov.—15 de dic., de 1982, p. xvi.

3. Hobsbawm, *op. cit.*, p. 126.

4. Bobbio, Norberto et. al. "Diccionario de Política", en *Crítica Política*, *op. cit.*, p. xxiv.

5. Para una visión general del problema ver Vilar. P. *Introducción*

El problema que implica este tipo de visión estriba en que hace aparecer a los hombres y a los grupos sociales, incluso a pesar de la voluntad de los historiadores, como meros ejecutores de una acción que, en última instancia, es el producto de una decisión metahistórica.

El cuestionamiento en torno a la formación del Estado nacional mexicano, radica precisamente en la suposición de su existencia tanto en el plano real como formal, desde el momento de su Independencia. Es bien sabido que las fronteras de México se establecieron sobre divisiones administrativas coloniales existentes en el territorio novohispano, al que se agregaron nuevas entidades como Yucatán y las provincias de Centroamérica.

Sobre este vasto territorio, la Independencia se consumó de acuerdo a los proyectos de una minoría aristocrática, en contradicción con grupos igualmente minoritarios que aspiraban a una transformación más efectiva del país. El hecho de que fuera en estos grupos donde aparecieran las aspiraciones de formular un Estado nacional, responde a su oposición a la dependencia colonial, ya que eran los únicos grupos que por su posición o su educación podían saltar las rígidas barreras de la vieja sociedad y tener una visión del futuro.⁶

Sin embargo, estos proyectos se enfrentarían a unas masas que difícilmente podían sentirse parte de una comunidad, en donde esas minorías en el poder les temían y despreciaban y que en muchas ocasiones se encontraban aisladas desde el punto de vista étnico, lingüístico y geográfico, acosadas por la miseria. Ello no significa que carecieran por completo de identidad o no se consideraran parte de la "comunidad nacional" cuando se enfrentaban con algo o con alguien que no lo fuera, como lo demuestra su participación en la guerra de independencia. No obstante, para las masas en general, la prueba de la nacionalidad, seguiría siendo por algún tiempo la religión en la medida en que no se trascendiera el carácter prepolítico de su acción, pues la identidad por la religión "no supone sentimiento alguno de conciencia nacional ni respondía a su deseo de Estado Nacional".⁷

En las primeras décadas del siglo XIX, la nación existe formalmente por la existencia de un Estado que es real

al *vocabulario del análisis histórico*, Barcelona, Crítica/Grijalbo, 1980, especialmente el cap. "Pueblos, Naciones, Estados". Hobsbawm, *op. cit.*, vol. 1, cap. 5 y del mismo autor *Las revoluciones burguesas*, Medellín, ed., PEPE, s.f., 2 vol., vol. 1, cap. VII.

6. Villoro, Luis, *El proceso ideológico de la revolución de independencia*, México, UNAM, 1967, 2ª ed.

7. Hobsbawm, *Las revoluciones*, . . . , *op. cit.*, vol. 1, p. 248. Villoro, *El proceso*, . . . , *op. cit.*

sultado de un proceso de emancipación política y que, aunque frágil e inestable, refleja las proyecciones e intereses de los grupos que se turnan en su control.

Erigido sobre una estructura social multiseccular y compleja, el desafío central de los proyectos de construcción del país durante esa época, fue el de organizar un Estado capaz de conjugar la diversidad de tradiciones, grupos étnicos, culturas y regiones geográficas diversas y alejadas en un modelo nacional propio.

2. La Independencia y los proyectos de construcción del Estado nacional

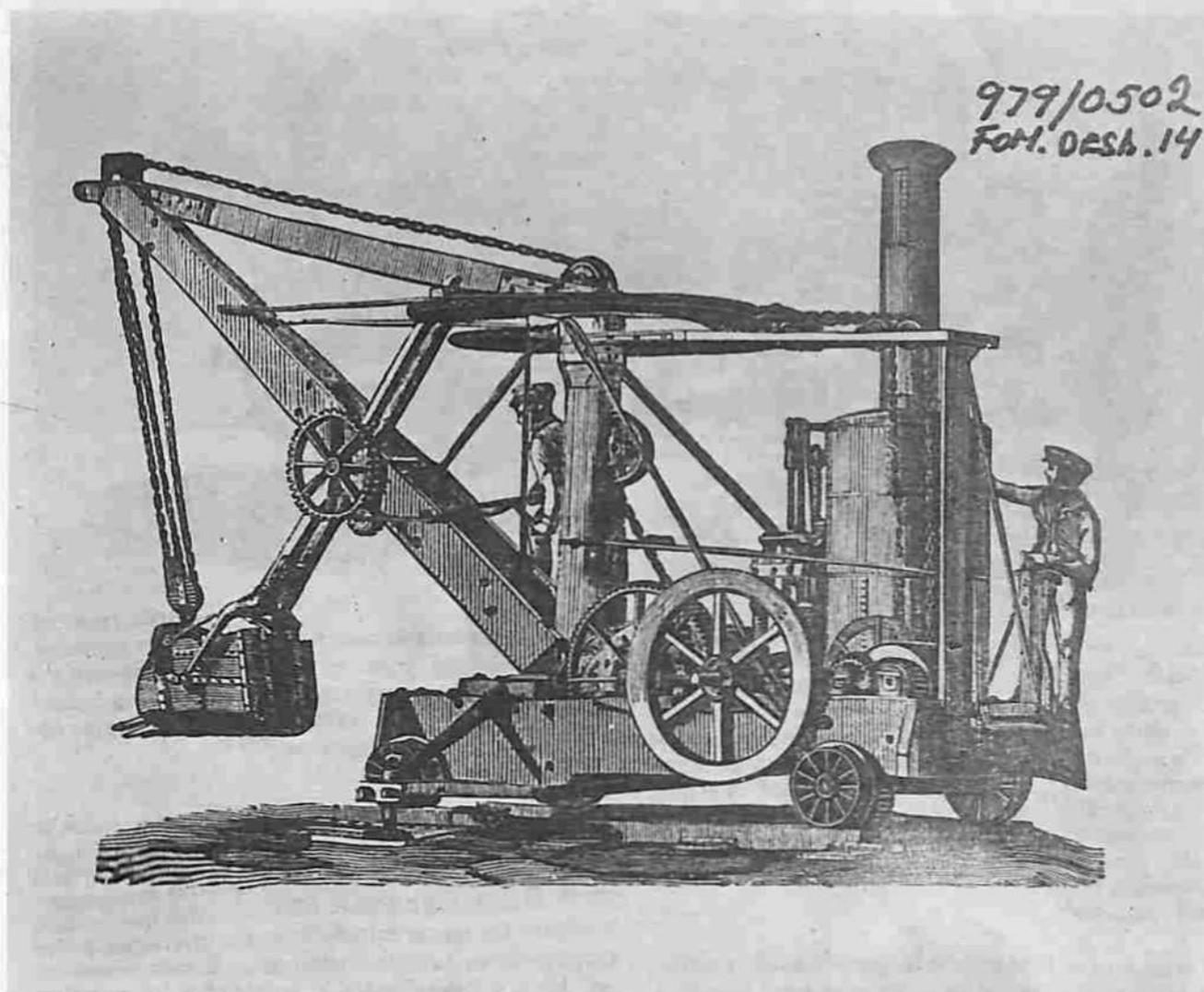
La independencia política con respecto a España no modificó, en principio, las características de la sociedad colonial con su "profusa fragmentación de la sociedad real; incomunicada, estratificada minuciosamente, escindida en gremios y aislada y protegida por diversos fueros, regionalizada y sin otros poderes centralizados que la Iglesia y el ejército".⁸

Por ello, la existencia de elementos y factores incompatibles en una lucha por imponerse unos a otros, generan la tradicional agitación e inestabilidad decimonónica. Los distintos individuos que participaron en la tarea de construcción de un centro de poder autónomo, se relacionan no tanto por la identidad de sus intereses, como por su común participación en la creación de un futuro Estado nacional, que todos ignoran pero que todos preparan ante la fragilidad extrema de esta época de transición.

El espacio geográfico de 1821, sobre el que la guerra de independencia había asegurado el control a los herederos del poder colonial, difícilmente puede ser considerado como un Estado sólido y mucho menos como una nación. Los distintos poderes regionales que se repartían su dominio estaban caracterizados, igual que el Estado central, por una gran fragilidad en una difícil transición entre la vieja estructura administrativa española y el nuevo marco institucional de la etapa independiente.

En palabras de José María Luis Mora, después de la Independencia no había ningún orden establecido, "no el antiguo porque sus principios están ya desvirtuados y medio destruidos los intereses que lo apoyaban; no el nuevo porque aunque las doctrinas en que se funda y los deseos que ellas existen son ya comunísimos en el país, todavía no se ha acertado con los medios de combinarlas. . . de ahí que esa sociedad no era realmente sino el virreinato de la Nueva España con algunos de-

8. Aguilar Camín, Héctor, "Leviatán criollo. Negocio eres tú" en *UNO más UNO*, 5 de abril de 1982.



ARCHIVO GENERAL DE LA NACION.

seos vagos de que aquello fuese otra cosa".⁹

El problema de construcción del Estado nacional en México estaba estrechamente ligado al modelo de organización política en el cual se expresaron las diversas tendencias de las clases dominantes. El establecimiento de un modelo era necesario para desarrollar un mínimo de poder interno con estabilidad que fuese la expresión política de los intereses económicos de esas clases dominantes.

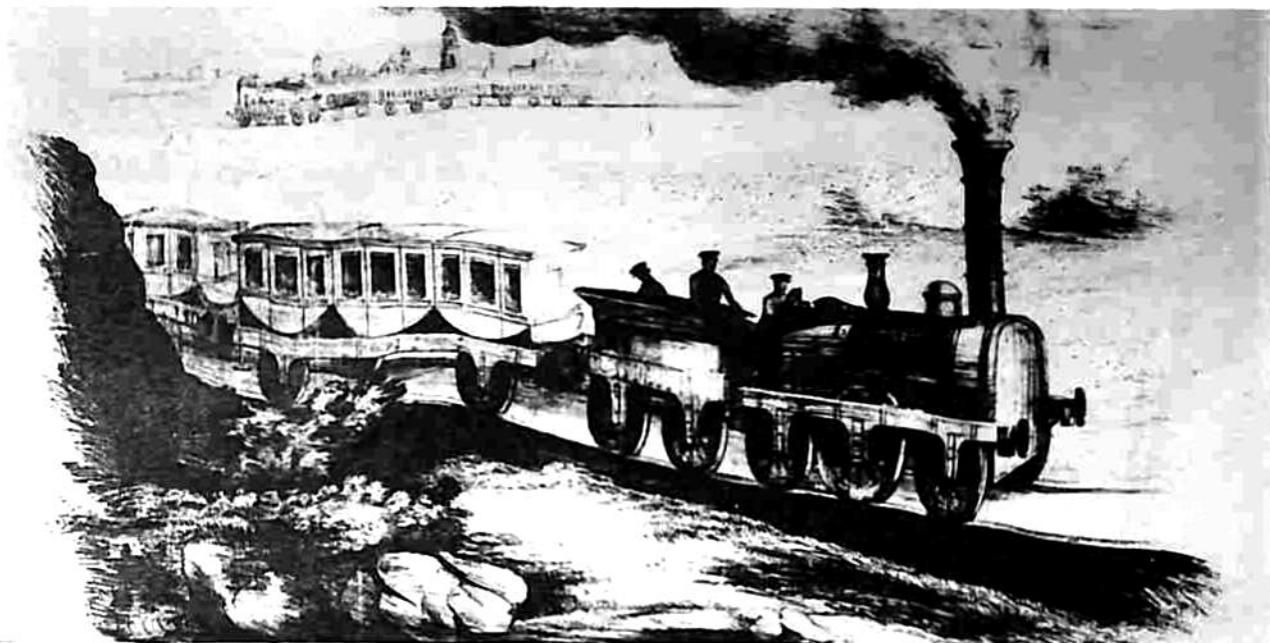
En estas circunstancias se explica la importancia que ha tenido el estudio sobre las opciones y modelos políticos que se trataron de establecer en México du-

9. Mora, José María Luis, *Obras sueltas*, México, ed. Porrúa, 1963, 2ª ed., p. 4-6.

rante el siglo XIX, debido a que el problema de la expansión de la economía era, a nivel interno, más político que económico.

Es ya un lugar común en los estudios históricos presentar la lucha política mexicana de la primera mitad del siglo XIX, como un enfrentamiento entre liberales y conservadores. No obstante, dicha imagen está lejos de corresponder a la situación que se presentó en aquellos turbulentos años.

Ambas corrientes, con todos los matices intermedios posibles, se fueron elaborando desde antes de la Independencia, y no se perfilaron en un programa delineado con mayor claridad, sino hasta después de la guerra con los Estados Unidos, cuando se convirtieron en



ARCHIVO GENERAL DE LA NACION.

banderas de acción de la lucha entre los grupos políticos, mismo periodo en que surge el desarrollo más amplio de la conciencia nacional ante la gravedad de la crisis; la guerra fue la mejor prueba para medir la integración nacional y para evaluar sus resultados en el desenlace del conflicto. Es también, como dice Villoro, el momento en que se escribe su historia¹⁰ en el que, transcurrido un cuarto de siglo de vida independiente, la élite dominante no había resuelto los obstáculos de la herencia colonial, ni creado una sociedad efectivamente nacional.

Al momento de consumarse la independencia política, era una opinión común entre los miembros de la élite, señalar que el país se encontraba en óptimas condiciones para llevar a cabo el proyecto de construcción de un Estado que correspondiera a las "luces del siglo". La modernidad, según esta opinión, consistía en la integración nacional, el establecimiento de un Estado liberal y el desarrollo de las inagotables fuentes de riqueza que el país poseía y que lo convertiría en una nación opulenta.

Había que organizar a la nación y constituir al país, pero la misma transacción política que significó el triunfo de la Independencia impidió proyectar un modelo afín a los distintos grupos e intereses existentes en la dirección política.

Los grupos que buscaban constituir el nuevo Estado manifestaron, por más de medio siglo, sus divergen-

cias en contiendas armadas y parlamentarias tanto en el nivel nacional, como en el regional. Los primeros enfrentamientos se realizaron en principio en torno a la defensa de diversas formas de gobierno, en cuanto que unas y otras eran instrumentos políticos de los órdenes sociales en pugna.

La tensión entre estos órdenes sociales enfrentados se refleja en los intentos de un grupo selecto de ideólogos de renovar o mantener ciertas estructuras características de la sociedad colonial. Entre aquellos que tendían a afectar los bienes eclesiásticos, los privilegios de las corporaciones, la instauración de un Estado republicano, laicista y federalizado; la igualdad y los derechos ciudadanos, es decir, la instauración de un proyecto político nacional capaz de modernizar al país por la vía del capitalismo, su expresión más acabada en el siglo XIX.

Los sectores opuestos a este proyecto pensaban en la continuidad de las tradiciones monárquicas, estamentales y corporativas, en la que sus transformaciones marcharan de acuerdo a la "peculiar constitución del país", y en cuya sociedad la religión fuera el más fuerte apoyo de la unidad nacional.¹¹

Es evidente, como ya señalábamos, que pese a los programas más o menos elaborados durante los primeros años, ninguno de los proyectos nacionales estuvo claramente perfilado desde un principio, sino en torno

10. Villoro, *El proceso*. . . op. cit., p. 233.

11. Cuevas, Luis Gonzaga. *Porvenir de México*. Introd. de Francisco Cuevas Cancino, México, ed. Jus, 1954, p. 17. Mora, *Obras*. . . op. cit., p. 4.

a un conjunto mínimo de proposiciones. Ello aclara la aparente falta de claridad política y hace congruente un proceso histórico que de otra forma aparece como una sucesión irracional de cambios y bandazos en el seno de las élites dirigentes.

Las formas desarrolladas para establecer estos proyectos, tendrían una estrecha relación con el tipo de alianzas establecidas entre los diversos componentes de la élite. En primer lugar las maneras como se vincularon los nuevos grupos surgidos del proceso revolucionario con los viejos dueños del poder económico y el prestigio social, cuya posición fue hondamente afectada por los cambios del periodo emancipador; estas relaciones condujeron a la política de transacciones y componendas típicas de la primera mitad del siglo.

En segundo lugar, el establecimiento de estos proyectos estaría igualmente marcado por el ejercicio que la élite emergente hace de su recién conquistado poder, para redefinir sus relaciones con los grupos populares sin cuya acción no habrían alcanzado su nueva si-

tuación. A pesar de que esos grupos populares fueron derrotados y marginados del proceso, y que las clases dominantes no estaban dispuestas a compartir el poder que habían alcanzado, la presencia amenazante de estos grupos condujo por un buen tiempo a una serie de intentos de conciliación entre las diversas fracciones de la élite.

Si la guerra de independencia fue considerada por un hombre como Lucas Alamán como un conflicto entre la parte ilustrada y los propietarios —la civilización— contra una revolución vandálica —la barbarie—, la victoria de los primeros no fue total ni definitiva.¹² La propia revolución de independencia generaría, además, un nuevo sector de la élite política con un proyecto nacional diverso a la élite heredera de la sociedad colonial, que daría como resultado que los dueños del poder no fueran necesariamente los administradores del nuevo Estado y viceversa.¹³

Por lo mismo, se originó una situación de dualidad —que sin ser igual en todas las regiones— dividió a la

12. Alamán, Lucas, *Historia de Méjico, desde los primeros movimientos que prepararon su independencia en el año de 1808 hasta la época presente*. Méjico, Imprenta de J.M. Lara, 1850. 5 vol., vol. IV, p. 666.

13. El desarrollo de las élites a nivel regional fue muy desigual, pues en tanto que en el gobierno central los detentadores del poder político no correspondían normalmente a los detentadores del poder económico, en algunos estados de la república se logró la conjunción de ambos, lo que daría a cada región sus particulares características. Ejemplos significativos pueden verse en Bazant, Jan. *Los bienes de la Iglesia en México (1856-1875)*. Aspectos económicos y sociales de la Revolución liberal. México, El Colegio de México, 1971 (C.E.H. Nueva Serie No. 13)

élite si no necesariamente en los fines, si en los procedimientos; intimidada una parte de ella por los aspectos problemáticos de la aventura revolucionaria. Podemos considerar que esta situación señala con claridad uno de los elementos contrarios a la implantación de un nuevo gobierno general, en la medida en que la distancia entre la élite política-militar y la económica-social, se revela desde el principio problemática. En este distanciamiento encontraremos una de las causas de la fragilidad del orden político que surge del derrumbe del orden colonial.

En efecto, el desmoronamiento del edificio colonial no puede ser contemplado sólo desde la perspectiva de la emancipación política, sino que tiene que verse, necesariamente, como la crisis de un sistema de dominación que había agotado ya muchas de sus posibilidades de acción.

Los últimos tiempos de la Colonia conocieron una progresiva delegación de funciones ejecutivas, debida por un lado, a las propuestas contradictorias del reformismo borbónico, y por otro, del resultado de los acontecimientos europeos producidos a raíz de la Revolución Francesa.¹⁴

Esta delegación se debió a las limitaciones de un poder central frente a tareas que lo excedían. La actitud referida puede ser ilustrada con la militarización del país, puesta paradójicamente en manos locales, cuya importancia vertiginosa y rivalidad con la burocracia política, se puede apreciar ya desde la época de Calleja. Del mismo tenor sería el golpe de Estado cometido por un puñado de peninsulares que destituyeron al virrey Iturrigaray, nombrando por su cuenta a su sustituto y, en otra línea, el establecimiento de las diputaciones provinciales acordadas en la Constitución de Cádiz.¹⁵

Luego de la Independencia, la debilidad de las élites —nuevas y tradicionales— las empujó a una política de colaboración que marcaría, desde entonces, su propia imposibilidad de ejercer un control hegemónico sobre el Estado, determinando así su dependencia con el sector militar. Ejemplo significativo de esta debilidad sería la creciente ruralización y regionalización del

14. Brading, David, *Mineros y comerciantes en el México borbónico (1763-1810)*, México, Fondo de Cultura Económica, 1975. Primera Parte. "La revolución en el gobierno".

15. Para el proceso de militarización señalado, Sánchez de Tagle, Esteban, *Política y sociedad: La formación del Regimiento de Dragones de la Reina; San Miguel el Grande (1794)*. México, Tesis Sociología, UNAM. FCPS, 1980. En torno a la creación de las diputaciones provinciales el excelente trabajo de Benson, Nattie Lee, *La diputación provincial y el federalismo mexicano*. México, El Colegio de México, 1955.



ARCHIVO GENERAL DE LA NACION.

país, en donde los nuevos políticos locales se convirtieron en defensores armados del orden interno, y en donde su capacidad para lograrlo determinaba —regionalmente— su permanencia en el cargo a pesar de los vaivenes del gobierno central.¹⁶

En este contexto de inestabilidad, una de las primeras preocupaciones de la “minoría actuante”, fue crear y establecer en el campo de las ideas y de las instituciones, diversos proyectos políticos retomando las concepciones del liberalismo europeo y norteamericano. Todos los proyectos hablaban a nombre de la colectividad o del pueblo, en correspondencia en las diferentes visiones de la ideología burguesa de la época, y definida en la célebre apreciación de Mora entre la lucha del **progreso** contra el **retroceso**.

16. Un caso que ilustra con bastante claridad el problema de la regionalización es el del cacique suriano Juan Alvarez, quien prácticamente mantuvo el control de su zona de poder a lo largo de todo el período. Para su estudio ver Díaz Díaz, Fernando, *Caudillos y caciques. Antonio López de Santa Anna y Juan Alvarez*. México, El Colegio de México, 1972.

En este proyecto se fue gestando un Estado nacional peculiar, producto de ritmos seculares, de procesos de lucha que fueron clarificando la conciencia política y los proyectos derivados de ella, aglutinando grupos sociales afines a sus intereses. Al final, estos enfrentamientos ideológicos se transformarían en programas políticos que, en el ritmo de los acontecimientos cotidianos, se traducirían en acciones y luchas concretas.

3. Estado y mercado nacional

La situación provocada por estas pugnas internas se hace más difícil si añadimos el nuevo panorama internacional en el que se inserta el país. Nuevos grupos extranjeros cubrieron el vacío dejado por los españoles en la actividad comercial. Mercancías extranjeras inundaron el país aumentando la riqueza y la avidez de los comerciantes foráneos y nativos, los cuales fueron creando condiciones políticas favorables a sus intereses que en nada coincidían —en esta época— con los de un Estado fuerte y centralizado.

Ligada en forma estrecha con esta situación encontramos aquella que representa la creación de un mercado nacional, es decir, la de la integración de un sistema económico dentro de una entidad política protegida por sus aduanas y la legislación del país. Se trata de un mercado que, a diferencia de las formas primitivas de comercio interior limitadas a los pequeños intercambios en zonas restringidas, va alcanzando un ámbito geográfico nacional a medida que se van desarrollando las actividades productivas en el conjunto de su territorio.

El mercado de los primeros años de la historia independiente, se basaba en una acción regional o local de una economía que —salvo para cierto tipo de producción en el exterior— tenía una fuerte proporción de autoconsumo. La regionalización y ruralización de la vida política y económica, acentuada después de 1810, no dejó muchas opciones a la creación del mercado nacional.

Las condiciones para el desarrollo de un mercado de este tipo, con su división social del trabajo y la diversificación de las ramas de producción separadas de la agricultura, no sólo significaban caminos y transportes, sino la existencia de intercambios y de producción capaces de satisfacer sus requerimientos, elementos ambos ausentes en la estructura del México recién independizado.

Explicar la ausencia de un activo comercio interior y los obstáculos al desarrollo del mercado nacional, implica el examen de la economía, particularmente del

estado de la agricultura mexicana y de los problemas derivados de ella.

Es obvio que no pretendemos hacer aquí este examen, sin embargo la caracterización global de la economía decimonónica nos permitirá establecer el contexto de los proyectos que sobre política económica se fueron desarrollando en esta época.

“La economía mexicana posindependiente —escribe Margarita Urias— registraba niveles muy primitivos de acumulación, una situación preindustrial cuyas herencias coloniales no podían erradicarse estructuralmente. Por esas condiciones y por la guerra, el capital comercial tendía a dominar sobre las otras fracciones y permitía asegurar la continuidad del flujo y los vínculos con el exterior, respondiendo a los mandatos de la división internacional del trabajo”.¹⁷

La agricultura mexicana de principios del siglo XIX era una agricultura vieja, donde viejas condiciones de producción limitaban estrechamente las posibilidades del progreso. Por esto, la situación de la agricultura, de los campesinos y de la tenencia de la tierra, hicieron del problema agrario uno de los fundamentales del proceso histórico del país.

Veamos enseguida cómo los proyectos nacionales “liberales” y “conservadores”, desde la perspectiva de integración del mercado, no pudieron llevarse a cabo al no transformar las condiciones estructurales de la economía.

“La alternativa de desarrollo, planteada por los llamados liberales era aceptar la división internacional del trabajo que las potencias imponían. Fundada en los ideales del liberalismo económico, consideraba que unos países estaban destinados, por sus condiciones naturales a ser productores de manufacturas y de bienes de capital, mientras otros habían de serlo de materias primas”.¹⁸

El libre comercio mundial proveería a ambos tipos de naciones de los productos necesarios para su desarrollo y consumo internos. Esto representaba, en suma, la estrategia de los reformistas de la primera mitad del siglo XIX, aunque no siempre coincidiera con su práctica política y económica real.

A partir de la consumación de la independencia, el enfrentamiento ideológico entre los diversos grupos se reflejaba en la polémica en torno a los aranceles. En él,

el grupo “liberal” luchó abiertamente por el libre comercio sin ninguna limitación, igual que lo hacía por la abstención estatal en el desarrollo económico, a pesar de que sus acciones los llevaran frecuentemente al campo contrario. La proyección de su política económica abarcaba también la lucha contra los restos del sistema colonial que la milicia y sobre todo el clero representaban.

La defensa a ultranza de estos dogmas llevaría paradójicamente a estos sectores, que poseían una gran claridad con respecto al proyecto político nacional, a la incompreensión del nacionalismo económico, que le confiaba al Estado el impulso y la dirección del pasaje hacia una fase avanzada del desarrollo económico. A la larga, “el desarrollo de las inclinaciones naturales de las naciones se vino por tierra por la fuerzas que el mercado mundial imponía, y en este sentido la idea liberal de un Estado al margen del proceso económico fue una gran equivocación”.¹⁹

En el germen aglutinador del conservadurismo se encontraba la forma centralizada de gobierno, como la expresión propia de grupos de propietarios y productores tradicionales por el libre comercio. En consecuencia, su proyecto económico fue el de un sistema proteccionista capaz de garantizar un desarrollo nacional autónomo y fuerte.

Sus tesis fundamentales apuntaban a la necesidad de crear las condiciones internas que propiciaran la industrialización. La principal condición de este proyecto era estimular —como había intentado el reformismo borbónico— y convencer a los antiguos propietarios de que transfirieran sus capitales a la construcción de fábricas textiles, apoyados en los recursos que el Estado destinaria a tal efecto, y que obtendrían de los impuestos aduanales. A dicho proyecto correspondió la creación de 1830 y 1842, respectivamente, del Banco de Avío y de la Dirección General de Industria.

Esta concepción daría por resultado, que los grupos empresariales formados en el periodo, estuvieran ligados inicialmente al sector conservador. Por lo mismo, el proyecto industrializador tendría, desde sus comienzos, una contradicción irresoluble, dado que consideraba el desarrollo como un mero aspecto cuantitativo de aumento en la producción que podía desarrollarse sin modificar antiguas estructuras sociales y económicas.

El desarrollo industrial así planteado, se dio entonces sin que hubiese un crecimiento paralelo del mercado nacional, a causa de una concepción que no planteaba modificaciones al sistema, renunciando con ello a la

17. Urias, Margarita, “México y los proyectos nacionales” en *Nexos*, No. 20, agosto de 1979, p. 32.

18. Urias, “México. . . op. cit., p. 23.

19. Urias, “México. . . op. cit., p. 41.

misión renovadora y revolucionaria que la burguesía estaba desempeñando en otros países.

Comprendidas entonces —al contrario de la postura liberal— ciertas ideas del nacionalismo económico, la visión conservadora no pudo proyectar, debido a sus condicionamientos de clase, una política nacional que incluyera a los diversos grupos sociales.

Para ello, hubiera sido necesario que superaran la idealización del régimen colonial y su formulación de un sistema político que trató por todos los medios de suplir la indefinida ausencia de una monarquía ilustrada, igualmente idealizada.

En contra de las dos proposiciones sobre la economía del país, se levantó una realidad que no correspondía en buena medida a las apreciaciones que sobre ella habían elaborado dichos proyectos.

Contra las proposiciones y las actividades políticas de los grupos que intentaban modificar las condiciones económicas, se levantaba la fuerza del grupo de comerciantes que ampliaban cada día su poder a través de los canales de distribución, los medios de transporte y de comunicación y de la propia política mediante el soborno, la corrupción y los préstamos al gobierno.

La corrupción del aparato estatal permitía a mercaderes y prestamistas la acumulación de grandes riquezas utilizando recursos políticos. Estos sectores eran elementos poco nacionalistas —por origen o por interés— en la medida que sus actividades no estaban ligadas directamente a las tareas productivas, y que no existía para ellos la necesidad de un Estado nacional fuerte y racionalizado. En este sentido preferían, ante la ausencia de un mercado nacional unificado, las posibilidades y vasta prosperidad del mercado internacional, del cual, en muchas ocasiones, eran representantes.

Se trataba pues, de una clase mercantil incapaz de asumir políticamente la responsabilidad del Estado al no identificarse con la nación, ni en sus formas ni en sus objetivos, por más que a la larga el cambio de las condiciones políticas hiciera de este grupo un aliado de la causa nacional.

En esta situación, no deja de asombrar la subsistencia y consolidación del Estado mexicano durante la primera mitad del siglo, a pesar de la debilidad del gobierno central.

4. Unidad y fragmentación del Estado

El estudio de esos años ha sido poco trabajado, a pesar de la existencia de una gran cantidad de materiales pa-

ra su análisis. Más allá del conocido juego depredador y de los cambios y bandazos de los actores políticos, es necesario encontrar la manifestación de movimientos de un nuevo orden de cosas acorde a las nuevas necesidades y características del país.

En este sentido, trabajos relativamente recientes sobre la crisis del sistema colonial español²⁰ hacen que la guerra de independencia se explique tanto estructural como coyunturalmente, pues la crisis que originó el movimiento manifestaba claramente las contradicciones y la ineficacia del régimen, aunque no los mecanismos de su superación.

Por todo ello, la construcción del nuevo Estado quedaría fluctuante entre fuerzas diversas ya presentes desde los últimos tiempos de la Colonia. Se trata por tanto de una sociedad a caballo entre dos épocas, a disgusto con una y con la otra.

Una facción lucharía por negar el pasado para poner las bases del proyecto futuro mientras la otra trataría de recobrar el pasado para reordenar el presente. Esta última, incapaz de vislumbrar el desgaste del sistema colonial, nunca dejó de considerar —como hemos visto— a la revolución popular de independencia, como una situación de vandalismo “proletario” coyuntural, producto de la lucha entre las facciones.

El nuevo país surgió así en una situación de compromiso, se siguió durante mucho tiempo una política de transacción entre fuerzas opuestas que según Mora trataba de amalgamar elementos refractarios. Esta política de contemplaciones, originada en buena medida por el pánico desatado luego de la participación popular en el movimiento de independencia, sería una de las debilidades que impidieron la consolidación del nuevo Estado.

Otro más, demasiado comprensible, sería la herencia colonial de una fragmentación y progresiva militarización del poder que jugó un doble y contradictorio papel: por un lado se convirtió casi en el único instrumento de presencia del poder central, y por otro fue uno de los agentes que evitaron la racionalización y consolidación del Estado. Ello, en parte, fue el resultado de la insuficiencia creciente de ese poder central frente a labores que excedían sus posibilidades y sus recursos.

Otro elemento que contribuyó a la debilidad estatal, estriba en la constante penuria del erario público a partir de la guerra de independencia. La pobreza del poder político contrasta con la relativa riqueza de más de

20. Brading, *Mineros*. . . op. cit., Stein, Stanley y Bárbara. *La herencia colonial de América Latina*. México, Siglo XXI, 1970.

uno de los viejos y nuevos dueños del poder o de corporaciones influyentes en todos los ámbitos de la vida como la Iglesia.

En esta situación se comprende que se crearan vínculos de dependencia financiera con los sectores enriquecidos previa o posteriormente al proceso emancipador; que se miraran con envidia los bienes eclesiásticos o que no se pudiera lograr el consenso nacional con los elementos regionales del grupo de propietarios.

Entre los representantes del poder real y el débil aparato estatal, al que apuntalaban desde afuera, se desarrollaron complejas relaciones que explican, en parte, una situación aparentemente contradictoria: la

inestabilidad típica del periodo y el mantenimiento de la **unidad** política del país a pesar de esa inestabilidad.²¹

En efecto, un aparato fiscal indigente no podría defenderse eficazmente contra las exigencias de quienes le ofrecen anticipos en efectivo de los que no puede prescindir. El problema hacendario se convirtió durante todo este periodo en un termómetro fiel de la situación general del país, cuyos vaivenes fueron una de las preocupaciones básicas de los gobiernos en turno. Desde el régimen de Iturbide se "alteró y trastornó el sistema rentístico, monumento de tres siglos de sabiduría" sin que se encontrara la forma de establecer uno nuevo. Por ello, la falta de un sistema fiscal moderno y eficiente imponía al Estado una gran debilidad que prestamistas y tenedores de la deuda pública aprovecharon en su propio beneficio.

La ruina del aparato político tradicional, no sólo afectó al poder central del nuevo Estado, también algunos poderes regionales presentaron la misma debilidad de aquél. Ello aclara la fácil integración que regiones como las del norte del territorio y Yucatán tuvieron con el régimen imperial al consumarse la Independencia, en donde por mucho tiempo siguieron presidiendo los in-

tereses colectivos de las antiguas clases dominantes de la Colonia.²²

El sistema monárquico y más tarde el republicano, marcan las características institucionales que formalmente rigen en el país, sin embargo el orden mismo depende de un inestable equilibrio entre las fuerzas de los poseedores del poder efectivo que, en la mayoría de los casos, no tienen influencia más allá de los límites de su región.

La integración económica de ciertas regiones como el Bajío, produjo un número importante de nuevos grupos sociales cuyos intereses coincidían lo suficiente para reunirlos en una alianza política. Pero como esta integración rebasaba los límites geográficos de la zona, su desarrollo sólo puede ubicarse en relación a un esquema político territorialmente más extenso.²³

En regiones como Yucatán —caso típico de una supuesta tradición separatista— la situación se presenta con peculiaridades muy diversas. En primer término, habría que señalar su relativa independencia con el conjunto del país desde la perspectiva de integración económica. Baste recordar sus continuas negativas de acatar el decreto de guerra contra España después de la Independencia, ante el temor de paralizar su provechoso comercio con Cuba.

En segundo lugar, su dependencia de elementos externos para defender situaciones del poder tradicional, quedaría demostrada ante su incapacidad para resistir, con sus propios medios, los ataques de los grupos mayas contra la dominación de la minoría blanca.

Ello explicaría el por qué las tendencias autonomistas nunca llegaron a hacerse efectivas, en tanto que no había posibilidades concretas de independencia por parte de las diversas regiones integrantes del país, y que el único caso exitoso, Texas, no fuese el resultado de su propia dinámica interna sino de los intentos expansionistas del temprano **Destino Manifiesto**.

Si bien cada situación regional presenta características específicas y se desarrollaría de acuerdo a ellas, podemos señalar que la inestabilidad de los años siguientes

21. Algo similar sucede con el planteamiento que hace Carlos Aguirre para el periodo colonial, en el que "la reproducción de los poderes parciales, por paradójico que esto pareciera, era la garantía de existencia del poder central. Así, el dominio colonial se edificaba sobre una **tensión primaria**, la que se daba entre el poder real, de carácter central y fuente de toda legitimidad, frente a los órganos particulares que se constituían en autoridades con una autonomía relativa frente a la corona. Lo que conformaba, en conjunto, un equilibrio precario entre la tendencia centripeta real y la tendencia centrífuga de sus súbditos, organizados en corporaciones". "La construcción de lo urbano: ciudad y campo en la Nueva España", en *historias* no. 1, julio-septiembre de 1982, p. 38.

22. Para las regiones del norte del país: Ochoa Reyna, Arnulfo *Historia del estado de Durango*, México, Ed. del Magisterio, 1958, pp. 225-228; Alessio Robles, Vito. *Coahuila y Texas desde la consumación de la Independencia hasta el tratado de paz de Guadalupe Hidalgo*, México, s. Ed., 1945, 2 vol., vol. i, pp. 117 y sig. Para Yucatán Betancourt Pérez, Antonio. *Historia de Yucatán*, Ed. del Gobierno 1970. 2 vol., vol. i, pp. 282 y sig.

23. Wolf, Eric. R., "El Bajío en el siglo XVII (Un análisis de integración cultural)" en Barkin, David. *Los beneficiarios del desarrollo regional*. México, Sep. Setentas SEP, 1972.

a la Independencia fue el precio de la redistribución del poder político.

Esta redistribución fue al mismo tiempo motivo de preocupación de quienes se apropiaron del poder, pues se vieron colocados en el dilema de afianzar su flamante poder regional o de colaborar en la creación de nuevos vínculos y formas de articulación que sustituyeron el orden perdido. Sin embargo, estos intentos de cohesión fueron ilusorios mientras se insistió en establecer situaciones de compromiso entre los elementos contradictorios que se habían encargado del poder al término del dominio español.²⁴

El hecho de que los enfrentamientos frontales entre los grupos rivales se dieran hasta la segunda mitad del siglo, tuvo como resultado que sólo una red a la vez tenue y compleja de frágiles relaciones personales —más que partidistas— entre personajes con influencia local pudiera suplir en parte el vacío de un Estado nacional.

De esta manera, los patrones regionales de organización social y económica obstaculizaron la política estatal central, en tanto que ésta no era capaz de ofrecer horizontes de acción más amplios que los existentes en la división regional de la producción.

Lo inestable y complejo del equilibrio produce que aun los esfuerzos de apuntalar al Estado a través de fuertes ligas entre los diversos poderes regionales, sean extremadamente frágiles. En la medida en que ningún poder regional puede contar con el apoyo seguro de ningún otro, debe buscar por sí mismo los mecanismos de conservación y expansión de su propia base material, aunque con ello marque, al mismo tiempo, las condiciones de su debilidad.²⁵

El caso del Plan de Coalición de los Estados de Occidente, formado para defender "la causa del progreso" del gobierno reformista de 1833 mostró bien pronto esa debilidad. Dicha Coalición tuvo sus antecedentes en los ofrecimientos del gobierno de Zacatecas de ayudar al de Jalisco contra el comandante general de esta

entidad Ignacio Inclán, quien entró en conflicto con las autoridades civiles, durante el primer gobierno de Bustamante.

Esta coalición de los Estados de Occidente pretendía conservar la federación y afianzar la suerte de sus socios contra los enemigos del sistema, que atacaban al gobierno al grito de "religión y fueros". La alianza fue aprobada por Gómez Farías y disuelta legalmente por él mismo poco después ante la presión del ejército que se encargaría de derribarlo poco más tarde.²⁶

Con mayor evidencia la lucha de Zacatecas contra el gobierno central en 1835, mostró hasta qué punto las fuerzas regionales eran incapaces, por sí mismas, de mantener una estabilidad duradera y cómo la colaboración entre los distintos grupos regionales era frágil cuando parecía debilitarse el peso de alguno de ellos.²⁷

La continua participación del ejército en la solución de los problemas políticos y el espíritu de conciliación entre los diversos grupos, retrasaron por más de treinta años la consolidación del Estado nacional. Este retraso, sin embargo lejos de limar las contradicciones entre esos grupos las fue agudizando, creando condiciones más difíciles para el desarrollo de la nación que surgía. Tendremos que esperar otro momento, cuando en situaciones diversas, y a través de un violento enfrentamiento, grupos y regiones particularmente activas tomen la iniciativa de la unidad nacional.

En síntesis, el proceso de construcción del Estado nacional en México, en los cuarenta años posteriores al movimiento de Hidalgo, se caracterizaría por un intento casi permanente de conciliación de diversos, si no es que antagónicos intereses. Y por tanto de oscilaciones en torno a la construcción de una forma de Estado que respondiera a esos intereses.

26. Reyes Heróles, Jesús, *El liberalismo mexicano*. México, UNAM. Fac. de Derecho, 1957-1961. 3 vol., vol. II, p. 196-200.

27. Posiblemente Zacatecas sea el estado que mejor represente en el periodo el celo autonomista y profederativo regional. Sus dirigentes se encuentran entre los más destacados activistas de las tendencias progresistas de los primeros años del México independiente y realizaron una importante labor de modernización en la entidad que los enfrentó continuamente a las autoridades centrales. A pesar de su considerable prosperidad, influencia y de su importante milicia local, fue incapaz de obtener una exitosa política de alianzas contra el gobierno de Santa Anna en 1835. Su enfrentamiento con este gobierno provocó la invasión y saqueo de sus recursos por las tropas santanistas. Las minas controladas por el gobierno estatal fueron repartidas entre los favoritos del presidente y su territorio dividido como castigo mediante la creación de Aguscalientes, su zona agrícola más importante. Todo ello frente a la incapacidad o la prudente actitud de sus vecinos y aliados de causa. Amador, Elías. *Bosquejo histórico de Zacatecas*. Zacatecas, Talleres tipográficos Pedroza, 1943. 2 vol., vol. II, pp. 423 y sig.

24. De la Garza, Luis Alberto. "La transición del Imperio a la República". Ponencia presentada en el Seminario Conmemorativo al Bicentenario del Nacimiento de Valentín Gómez Farías. 24 de febrero de 1982, FF y L, UNAM.

25. En este caso se encuentra el debatido problema del territorio texano, cuyo peligro de secesión se vislumbraba desde antes de la Independencia. Fueron sin embargo infructuosas las medidas para retener el control de ese territorio, en buena parte por la negativa de colaboración de los estados nortños para su poblamiento. Cuando Manuel Mier y Terán exhortó a los gobernadores de esos estados a enviar colonos a Texas, la mayoría de las respuestas fueron negativas, en tanto que estos no "querían con la sangre de sus estados, engrandecer a otro para que se hiciera más poderoso". En Alessio Róbles, *Coahuila*. . . op. cit., pp. 371-372.

El intento se enfrentaba sin embargo, a grandes obstáculos por la falta de condiciones internas y externas para llevarlo adelante. El acuerdo de principio en que los problemas fueran resueltos en la cúpula, al margen de cualquier intervención de las masas populares, provocó, como hemos visto, no sólo la incapacidad de incorporarlas al proyecto nacional, sino igualmente el mantenimiento de sus condiciones de atraso que a su vez influyó en la imposibilidad de crear un mercado nacional.

Debe verse igualmente, cómo la corrupción de las diversas instancias del aparato gubernamental, puede entenderse como una forma de operación en donde el Estado resulta un lugar de compra en el que se obtiene otros tipos de poder económico y social, o donde se garantiza un empleo fijo.

Alrededor de este Estado giraban, además de quienes pretendían delinear un proyecto nacional, toda una masa enorme de agiotistas, especuladores, comerciantes, contrabandistas, políticos y militares sin escrúpulos que consideraban al país como su patrimonio personal.

La guerra abierta o secreta de las potencias en expansión para controlar al país y sus recursos, no fue tampoco un elemento que se sirviera a la unidad. La intervención de los representantes extranjeros y sus corifeos internos en la política, las finanzas o el comercio, eran públicas y notorias, así como sus pretensiones de incorporar parte del territorio mexicano a sus respectivos países.

La guerra internacional había demostrado en otros países cómo el conflicto externo fue un factor vital en la construcción de la unidad y de la identidad nacional. En el caso mexicano, habría que esperar hasta el final de la guerra civil de Reforma para que una intervención extranjera sirviera de elemento forjador de estos elementos.

5. Nacionalismo y guerra

El desarrollo de la idea nacional está estrechamente ligado a la conciencia de comunidad y ésta, a su vez, se encuentra relacionada con el sentimiento de identidad frente al extraño. Por ello, las guerras entre naciones constituyen un momento privilegiado del análisis histórico para medir el grado de cohesión o de inoperancia de los lazos de unidad entre los miembros de un país determinado.

A partir de la consumación de la Independencia, México estuvo expuesto a los peligros de su atomización a causa de factores tanto endógenos como exógenos. A los primeros nos hemos referido en las páginas ante-

rior, los segundos estarían representados por las ambiciones de distintas potencias extranjeras sobre el territorio del país: desde las pretensiones españolas de reconquista, hasta la intervención francesa de 1862, pasando por los tempranos —y logrados— apetitos expansionistas norteamericanos. Todo ello generó, a lo largo del periodo una gran desconfianza hacia el exterior.

No obstante, este sentimiento de desconfianza fue incapaz, por sí mismo, de fortalecer durante los primeros años los vínculos de unión característicos del Estado nacional.

En este sentido, el estudio de la guerra entre México y los Estados Unidos, permite observar la insuficiencia de una amenaza externa para consolidar los lazos de identidad frente al enemigo, cuando se carece de otros elementos componentes del sentimiento nacional.

La guerra contra los norteamericanos se dio en un país desintegrado por múltiples elementos: fragmentado en regiones que antepusieron sus intereses a los del conjunto, con un gobierno central sin fuerzas ni recursos para imponer su autoridad; con el predominio de grupos y corporaciones sin sentimientos de solidaridad con el país y con una sociedad dividida en dos grupos sociales opuestos, en el que la minoría dominante no había logrado el apoyo popular frente al extranjero.

La invasión norteamericana no produjo por tanto un sentir generalizado de la **patria en peligro** en la medida en que no existían los elementos de unión para ello, es decir, no había sentimientos nacionales porque no había nación.

Durante el conflicto el ejército, mal endémico del país, mostró que su reputación como opresor interno no iba al parejo con su capacidad para defender su soberanía territorial. En la guerra, las fuerzas armadas revelaron no sólo su impericia militar y la falta de dirigentes capaces, sino también los vicios que las habían caracterizado durante todo esos años. Las continuas aonadas y rebeliones como las de Paredes, Yañez o la de los Polkos contra los gobiernos de Herrera, Paredes y Gómez Farias respectivamente, en el momento mismo de la guerra, dejan en claro el sentido poco nacionalista de la institución.

Por ello, la derrota del 48 empezó a hacer visible un odio creciente hacia la institución militar a quien se hizo responsable del fracaso, lo cual tendría consecuencias importantes para su desaparición en la década siguiente.

Por otra parte, los grupos y partidos, además de sus tradicionales divisiones y rivalidades, dejaron en claro su incapacidad de unirse siquiera frente a los peligros

externos. Por el contrario, unos y otros trataron de utilizar la situación para imponer sus proyectos.

En lo que respecta a las clases sociales, su comportamiento se fue adecuando a las diferentes situaciones desarrolladas durante la guerra; en términos generales podemos señalar que las gentes "decentes" no estuvieron demasiado involucradas en la defensa del país. Durante la ocupación norteamericana, si bien no hubo una franca actitud colaboracionista de estas clases, sí mantuvieron una muy tolerante aceptación de la presencia invasora.

Las clases pudientes tenían más la exaltación de las clases populares que una ocupación enemiga que prometía a todos protección y seguridad. Por ejemplo, una proposición de Melchor Ocampo para continuar la guerra con el sistema de guerrillas, ante el fracaso de la resistencia del ejército, fue rechazada violentamente por la mayor parte de la élite ante el temor de suscitar otra nueva revolución como la de 1810.

Tiempo después, Lucas Alamán escribiría que la guerra de independencia solamente había producido desolación en todas partes, "un estado de miserable desorden y anarquía, que sin embargo se ha pretendido renovar en 1847, como medio eficaz de guerra para rechazar la invasión extranjera. . . se ha querido imitar lo que no debió ser nunca más que motivo de escarmiento".²⁸

El papel incipiente que jugaron las masas populares en la formación del Estado nacional puede ser apreciado igualmente durante la época del conflicto bélico. A pesar de su desarticulación y de las divisiones existentes entre ellas, las masas populares tuvieron una participación destacada en la formación de la conciencia nacional durante esos años.

A diferencia de las clases "acomodadas", los habitantes de los barrios de la ciudad de México, los "pelados", respondieron con vigor a la ocupación norteamericana y entre el 14 y 16 de septiembre de 1847 organizaron la resistencia popular frente a los ocupantes de Palacio Nacional.²⁹

A pesar de que sólo la energía general de la población hubiese podido defender al país de las bayonetas extranjeras, el Ayuntamiento de la ciudad de México trató de impedir la exaltación de las pasiones patrióticas de la multitud.

Las clases dirigentes no se atrevieron a utilizar la fuerza popular ante el temor de que ésta pudiese ir más allá del inmediato rechazo al ocupante. Así, el miedo social a la rebelión popular apresuró la firma de los tratados de paz con los Estados Unidos, sancionando la pérdida de más de la mitad del territorio de un país que era apenas un proyecto de nación.

Esta derrota frente a los Estados Unidos, sirvió para demostrar el desinterés de las élites para transformar una sociedad de raíces coloniales en una sociedad nacional, así como su incapacidad para superar los esquemas regionalistas y de facción que permitiesen el establecimiento de un proyecto nacional que incluyera a las diferentes clases y grupo étnicos del país.

No obstante, los resultados del conflicto pusieron las bases para un cuestionamiento radical sobre el sentido de la nacionalidad y las características de la sociedad mexicana, que desembocarían en la formulación más acabada de los proyectos nacionales que se habían estado gestando desde las primeras décadas del siglo. Dichos proyectos mostraron la imposibilidad de mantener un sistema político basado en las componendas y la conciliación de posturas antagónicas.

El desarrollo de los acontecimientos posteriores a la guerra y el establecimiento de la última dictadura santannista hizo que el país se enfrentara, entre 1853 y 1954, a una de las encrucijadas más importantes en su formación nacional: o seguía sometida a un poder militar sin proyecto, con el peligro de aplazar indefinidamente la creación del Estado nacional, o se dedicaba a organizar su poder político aunque para ello tuviera que llegar al borde de la guerra civil que se había evitado hasta entonces por todos los medios.

28. Alamán, *Historia de . . . op. cit.*, vol. II, pp. 228-229

29. Un punto de vista interesante sobre la participación de los grupos sociales en el conflicto puede verse en dos estupendos trabajos: González Navarro, Moisés. *Anatomía del poder en México (1848-1853)*. México, El Colegio de México, 1977, pp. 7-28. Moreno Toscano, Alejandra, et. al. *La clase obrera en la historia de México. México, Siglo XXI, 1980, vol. I, "De la colonia al imperio"*. En especial el capítulo de la autora señalada "Los trabajadores y el proyecto de industrialización, 1810-1867". pp. 342-349.